*Arturo Uslar Pietri**

Lo específico del hombre latinoamericano

Se me ha encomendado dirigirnos a ustedes hoy para plantear, tan sólo para plantearlo, el problema que pudiéramos llamar central de todo este conjunto de preocupaciones. ¿Existe la América Latina, existe un hombre latinoamericano, existe una condición latinoamericana, existe una situación, a partir de la cual podamos presentarnos ante el mundo y dialogar con el mundo? Esta preocupación es vieja, es ardua y ha atormentado el alma de los hispanoamericanos por tres o cuatro siglos, desde toda la historia, desde el primer momento de la conquista.

Toda la historia de América Latina ha sido una historia de toma de conciencia, de definición de posiciones, una búsqueda hacia afuera y hacia adentro, y esa búsqueda ha sido muchas veces frustrante y ha sido difícil y los resultados no han dejado de ser muchas veces contradictorios. De modo que si algo podría caracterizar al latinoamericano en el escenario del mundo es esa situación un poco hamletiana de estarse preguntando todo el tiempo ¿quién soy? ¿qué soy? ¿qué puedo hacer? ¿cuál es mi situación frente a toda esta gente que me rodea?

Esa interrogante, esa especie de angustia ontológica, ha condicionado la situación hispanoamericana y es precisamente una de sus raíces. ¿Por qué preguntarnos tanto qué somos? Es curioso, esa pregunta no se la hacen los africanos, no se la hacen los asiáticos —por lo menos en el grado angustioso en que nos la hacemos nosotros— no se la hacen los americanos del norte. Todos ellos parecen seguros de lo que son. Tener un adquirido básico desde el cual contemplan el mundo y comercian con él. Nosotros estamos constantemente revisando ese piso sobre el que estamos y poniéndolo en duda y descubriéndolo.

De modo que esa misma angustia, podría yo decir, es la primera prueba de su originalidad. Esa noción se tuvo desde el comienzo con una palabra que el Doctor Mayz enfocó varias veces, muy atinadamente, la noción del Nuevo Mundo. Yo creo que la noción del Nuevo Mundo es una noción ambivalente y que tiene dos vertientes que valdría la pena ver. Desde luego, hay la noción del Nuevo Mundo,

*Exposición efectuada en el seminario América Latina: Conciencia y Nación, organizado por el Instituto de Altos Estudios de América Latina, de la Universidad Simón Bolívar, Venezuela.

para decirlo en el castellano de los conquistadores, en el sendido de tierra nuevamente descubierta, o nuevamente conocida. Fue una novedad el encuentro de América, una novedad casual, fue sorprendente en mil sentidos, y por lo tanto, fue una impresión de novedad. El primero que le dio el nombre de Nuevo Mundo fue un italiano, Américo Vespucio, que fue el primero que usó la palabra Mundus Novus de la cual vinieron todos estos derivados.

Pero es que si nosotros vemos la Historia Universal, como la debemos ver, sobre todo la Historia de Occidente en su complejidad, en 1492, o si ustedes quieren, para no encerrarnos tanto en una fecha, en todo el siglo XVI nace un Nuevo Mundo; pero nace en escala universal. Porque no es que solamente se encontró América, sino que el encuentro con América determinó un viraje y un cambio del Mundo. No es un mero azar que eso que llamamos la Edad Moderna arranque precisamente de esa fecha. Es una época de profunda transformación de la civilización occidental. Es una época de cambio a fondo de la situación del hombre y de su concepto sobre sí mismo, de los valores con los que había vivido en toda la Edad Media y en la Antigüedad; y en ese cambio y en ese reajuste, que es el comienzo de un nuevo mundo, de un nuevo mundo en escala mundial, está el ingrediente americano de un modo muy preciso y muy poderoso.

De modo que nosotros, no solamente fuimos nueva tierra, tierra nuevamente hallada, como decían los viejos cronistas, sino que fuimos el punto de partida de una nueva época, del mundo, nueva época en la que estamos viviendo y que no ha terminado su parábola y está lejos de terminarla y en la cual hemos intervenido por acción o por omisión, voluntaria o involuntariamente y en la cual ahora tenemos que intervenir más voluntariamente y más concientemente que nunca. De modo que esa noción del Nuevo Mundo está doblemente vinculada al hecho americano.

La primera cuestión que habría que ver de esa originalidad es la dificultad que tenemos de incorporarnos a ninguna de las familias a las que pretendemos pertenecer y a las que pertenecemos en parte. Uno de los hombres que primero vio esto fue el propio Bolívar. Recuerden ustedes que en el discurso de Angostura, y ya antes lo había dicho en la Carta de Jamaica, dice de un modo muy claro "no somos europeos, no somos indios" y añade una frase muy hermosa y muy significativa, dice: "constituimos una especie de pequeño género humano aparte". El se daba cuenta de la originalidad de nuestra situación, de que no éramos unos europeos como los europeos y que tampoco éramos unos indígenas americanos como los indígenas americanos verdaderos. De modo que ya desde el comienzo había ese hecho nuevo que no sabíamos muy claramente en qué consistía.

La primera cosa que habría que ver en esta revista de hechos ob-

vios y les pido a ustedes perdón porque voy a insistir en hechos obvios, porque creo que son los importantes, es que el mundo americano, particularmente lo que llamamos la América Latina, fue el escenario de un inmenso encuentro de culturas como no se ha dado en la Historia Universal desde la creación de Occidente. Ese es un punto que no hay que olvidar. Semejante proceso de encuentro, de acomodamiento, de pugna, de desnaturalización, de recreación de corrientes culturales, no se dio en la escala en que se dio en América Latina, sino en la formación de Occidente, es decir, en la Alta Edad Media, a raíz de la disolución del imperio romano. En esa dimensión no se ha dado en ninguna otra parte.

Ese encuentro consiste primordialmente en la confluencia en América, de un modo accidental, de tres culturas. La primera es la que representaba el español del siglo XVI, el castellano que vino a América. Un hombre muy tipificado, que representaba un matiz muy definido de la cultura occidental y ese matiz se reflejaba y se traducía en una actitud ante la vida, en una concepción del mundo, en una actitud para entender su misión, en una concepción social, guerrera, militante, señorial, en una concepción religiosa y en una visión de una estructura y de un porvenir y una situación del hombre muy tipificada. Pertenecían en gran escala a la cultura occidental, pero tenían un matiz muy peculiar dentro de ella.

Y ese hombre que llega a América, se va a encontrar allí con unas razas y con unas culturas con las cuales él no había tenido ningún contacto. El español que llega a América viene con la visión de que simplemente ha encontrado un espacio que llenar y que va a reproducir lo que dejó. Va a crear una nueva España. Va a crear una nueva Castilla, una nueva Andalucía. Ahí están los nombres, las toponimias que nos lo revelan y, sin embargo, lo que les salió fue otra cosa. No podía salir una nueva España, ni una nueva Andalucía, ni una Nueva Toledo, ni una nueva Castilla. Lo que salió fue el hecho americano, que era un hecho profundamente distinto.

Ahora este mismo hombre, ese español que salió de España y vino a América, no vino de una manera similar a como fue el hombre a la luna, metido en una cápsula preservativa de contaminación que le conservaba una atmósfera propia. Ese hombre vino a sumergirse en un caldo de encuentros, de influencias y de comercio, en el sentido latino de la palabra que tuvo que afectarlo profundamente. Ese hombre sufrió, en primer término un extrañamiento, un extrañamiento que no ha sido bien estudiado.

Cuando uno lee el testimonio de los viejos cronistas, cuando uno lee las Cartas de Relación de Cortés, cuando uno lee a Bernal Díaz o a Sahagún lo que encuentra allí es la sensación de extrañamiento, de la gente que ha sido sacada de su medio tradicional y proyectada

dramáticamente en un medio para el cual no estaba preparado y que no podía entender. Eso trajo desajustes y ya hablaremos de eso. Trajo consecuencias y trajo una sensación muy peculiar de la condición de ese hombre que había llegado.

Ese hombre cambió de inmediato y tanto cambió que comenzó por no ser semejante a los españoles que habían quedado en España. Allí mismo surgió el nombre de Indiano, de Perulero, todos los nombres que se le dieron al español que había venido a América y que regresaba a España, porque ya no era el mismo español como tampoco era igual el español recién llegado, al que ya tenía tiempo en América o al que ya había nacido en América y por eso los nombres de chapetón, de gachupín, los nombres que se le dieron a los españoles recién llegados en toda América para señalar esa diferencia y esa distinción.

Ese español que llega, no cae en un vacío. Se encuentra con los indígenas, con toda una escala de civilizaciones indígenas. No había lengua en la cual entenderse. No lo digo yo en el sentido material de la palabra de entender un idioma, digo que lo que significaban las palabras indígenas no era lo que significaban las palabras españolas. No había traducción posible. Eran representantes de dos mundos totalmente diferentes. De dos mundos que muy superficialmente podrían acercarse. Así como el español llegó y tuvo que cambiar de todo, desde la vivienda hasta el traje, desde la alimentación hasta los usos y costumbres de la vida, desde la estructura de la casa hasta la formación de la familia. Así también ocurrió en su contacto con el indígena. Tuvo que nombrar frutas que desconocía, plantas que nunca había visto, relaciones sociales que para él eran nuevas. Y el indígena, a su vez, entró de pronto a recibir el impacto de un volumen, de un conjunto de usos, de costumbres, de ideas, de valores, que le eran totalmente extraños y que lo afectaron profundamente.

Al día siguiente del descubrimiento de América, irremediablemente el español ya no pudo seguir siendo el mismo que era, pero el indio americano tampoco. No hubo regreso para ninguno de los dos. Se marcaron, se influyeron, se desnaturalizaron, se modificaron mutuamente de un modo profundo. Ese hecho ya por sí sólo debía introducir un elemento de novedad y de cambio con respecto a lo que era el mundo español o a lo que había sido el mundo indígena antes de la llegada del español.

Pero es que luego aparece un tercer personaje muy pronto que es el negro. Sabemos muy poco del negro en América. Lo hemos estudiado muy superficialmente. Nosotros tenemos una idea bastante europea de lo que fue el encuentro en el territorio americano. Pensamos que llegó el europeo, que llegó el español y que se encontró con el indígena y combatió con él y lo sometió, lo esclavizó, y que

luego trajo al negro africano y lo puso a trabajar como esclavo para aliviarse. Es decir, como si en la presencia y en los encuentros humanos, se tratara de una mezcla de líquidos inertes. No. No eran líquidos inertes. Eran seres que actuaban dramáticamente los unos en los otros y se modificaban tratando. No hay modo de estar en presencia de otro ser humano sin que ese ser humano nos modifique a nosotros y nosotros lo modifiquemos a él, en alguna forma, y mucho más en una inmersión de esta magnitud

De modo que el negro aparece, a quien siempre hemos visto muy marginalmente y de quien pensamos que no tuvo ningún papel cultural o muy remoto y pequeño, que dejó algunos bailes y algunas consejas, pero que estaba completamente segregado de la sociedad colonial, metido en la tarea rural o en la servidumbre doméstica, sin contacto con el mundo del criollo blanco ni con las castas superiores de la vida colonial. Esto es falso. Hay un elemento, por ejemplo, que deberíamos estudiar a fondo y que yo creo que merecería que le dedicaran mucho tiempo sociólogos y psicólogos y es lo que yo llamaría la pedagogía mágica que el hispanoamericano recibió durante más de tres siglos.

En toda la Hispanoamérica, desde el norte hasta el sur, en una edad que hoy sabemos que es la más importante del hombre, la que va de 0 a 5 años de edad, los hispanoamericanos y particularmente los de clase alta, tuvieron por ayas, esclavas negras. ¿Qué le transmitió esa esclava negra a ese niño en esos cinco años de profunda receptividad? No le transmitió solamente cantares y ritmos que ya tenían importancia y consejas africanas. Le transmitió una visión mágica del mundo, sin duda alguna. Una visión mágica que no tenía el español y no la podía tener. Una visión mágica que sí tenía el indio, pero de otra manera.

De modo que esa pedagogía mágica que estuvo en el fondo del alma americana y que está en el fondo de ella, ha tenido una raíz y una explicación y es un aporte del negro en esa función pedagógica que no le hemos reconocido, a la que no le hemos dado su importancia. Un hombre como Simón Bolívar, tuvo una pedagogía negra importantísima en su vida. La relación materna de Bolívar no fue con Doña María Antonia, que murió cuando él era muy niño y que por lo demás tenía las escasas relaciones que una señora rica de la colonia tenía con sus hijos que estaban confiados a las esclavas. La madre de Bolívar, en el sentido del contacto, de la alimentación espiritual y de la formación, fue una esclava negra, fue la negra Hipólita. Y Bolívar lo reconocía, sentía la deuda que tenía con ella, de tal modo que cuando regresa a Caracas, en 1827, después de la Campaña del Perú y entra triunfalmente entre la gente que estaba hacinada esperándolo, estaba la negra Hipólita. Bolívar desmontó

y la fue a abrazar, porque para él era su madre. Esa influencia no ha sido estudiada y desde luego es un elemento de diferencia profundo.

Hay otro aspecto que es muy importante y es el elemento espacial. Nosotros no nos damos cuenta de lo que significó para el español y aun para el negro, aunque en menor grado, el cambio de escenario geográfico. Ese cambio de escenario geográfico lo vemos y lo percibimos en los cronistas de Indias. El primer cambio desde luego fue la dimensión. Hombres que nunca habían visto un río más grande que el Guadadquivir, desembocaron en el Amazonas, en el Plata, en el Orinoco, en el Magdalena. Hombres que nunca habían visto unas montañas más altas que los Pirineos, se encontraron con el Aconcagua, con la Cordillera Blanca del Perú, con las murallas de nieves más gigantescas y más altas que el mundo conoce fuera de Asia. Las llanuras, las selvas inmensas inagotables, el espacio geográfico, en una dimensión que ellos no conocían y la presencia de una naturaleza activa y agresiva que tampoco existía para ellos.

Ya he dicho mucho, y lo han dicho los críticos literarios, que la literatura hispanoamericana se caracterizaba, y todavía se caracteriza en buena parte, por la presencia de la naturaleza. Fue en gran parte una literatura, la narrativa y la poética, hecha en torno a la presencia de la naturaleza, al hombre ante la naturaleza, al combate del hombre con la naturaleza y esto constituía un elemento de originalidad desde el punto de vista español y es explicable porque en España, en la literatura española, la naturaleza casi no se encuentra. Uno podría buscar en el Quijote, las páginas de descripción de la naturaleza, y yo no me atrevo a decir una cifra, pero no deben pasar de unas 5 ó 6. ¿Por qué? Porque la naturaleza no tenía ninguna importancia para Cervantes, en un hecho obvio que estaba allí.

Como decía una vez Jorge Luis Borges, hablando de las cosas obvias, decía él, que en el Koran no se nombra a los camellos una sola vez, porque para el árabe son una cosa tan obvia que no hay que nombrarlos. Pero para cualquier turista que se desembarca en un país de Oriente, lo primero que describe es al camello porque, claro, para él, es una novedad.

Así pasa con la naturaleza. La naturaleza para el español no tiene ninguna importancia. Una naturaleza domesticada, reducida, de pequeña escala, con la cual él mantenía una relación de dominio, pero cuando se altera y llega a América es la naturaleza la que domina, es él el que está a la defensiva, es él el que se encuentra frente a ríos gigantescos, a animales desconocidos, a selvas impenetrables, a montañas como no había visto jamás, a un régimen de lluvias diluviales que tampoco había conocido.

De manera que la naturaleza le crea un espacio geográfico y aquí es donde yo digo que habría que estudiar eso que se llamaría: el

efecto psicológico del extrañamiento, no solamente del extrañamiento por el medio humano nuevo, sino por el medio geográfico y el espacio nuevo.

Hoy en día existe toda una escuela de psicoanálisis existencial que trata de explicar el que buena parte de nuestra salud mental, de eso que llamamos el ajuste del ser, está en unas ciertas relaciones estables que nosotros creamos con nuestro rededor humano y con nuestro rededor físico, es decir, las distancias que recorremos normalmente, la altura de los montes, la dimensión de las casas y de las calles, la gente que vemos diariamente. Pero que si eso se altera y cambia de un modo brusco, nos desajustamos. Se produce un desajuste muy curioso.

Se ha hablado mucho de la locura de los conquistadores, de los casos de locura criminal, tipos como Lope de Aguirre. Es muy posible que si Lope de Aguirre se hubiera quedado en España nunca hubiera hecho nada de lo que hizo en América; nunca hubiera entrado en aquel drama de locura criminal deslumbrante y aterradora y que el caso de Lope de Aguirre se repite en Pedrarias Dávila, se repite en mil casos.

¿Por qué estos hombres de pronto se desnaturalizaban y hombres que en España habían estado dentro de unas costumbres o dentro de un ritmo de vida, de pronto se convertían en terribles personajes; cometían insensateces que nos parecen hoy día temeridades de valor y que nos parecen al mismo tiempo, excesos de crueldad o de violencia inauditos?

Posiblemente el psicoanálisis existencial nos podría revelar que estos hombres venían de sufrir uno de los más grandes procesos de extrañamiento, de enajenación que un ser humano haya experimentado nunca; que era el desplazamiento súbito, total y completo del medio humano y del medio y escenario físico en el cual se habían movido. Eso tuvo que tener unas reacciones profundas en su actitud ante el mundo, en su actitud ante la vida. Y sobre eso sabemos muy poco y nos imaginamos que los conquistadores eran unos turistas que venían viendo cosas extrañas y que las anotaban y que no les alteraba nada. Que regresaban con su billete de la Agencia Cook, o de la Agencia que tenían los Reyes Católicos de España.

Hay otro aspecto, fuera del encuentro humano y del espacio *físico*. Y tengo que pasar muy rápido sobre estas cosas porque desgraciadamente no hago sino un catálogo, que es el del tiempo. Hay un tiempo americano, no podía haber ocurrido un desplazamiento geográfico, del marco geográfico y del marco humano de esa magnitud y del espacio sin que la noción del tiempo cambiara. La han observado mucho, muchas veces en la historia literaria y fuera de la historia literaria y en muchas manifestaciones en el arte. El descubrimiento

de América produce en la cultura occidental transplantada, un rezago, un retraso. Yo diría más que un retraso, una vuelta al pasado, porque no es que se estanca, ni que regresa.

Vean ustedes esto por ejemplo, que es muy curioso. Cuando los españoles se establecen realmente en América y empieza la obra de la colonización hacia el Siglo XVI y XVII, es el momento en que la literatura española entra en pleno Renacimiento, es la hora en que se produce La Celestina y la novela picaresca y se produce la comedia española, la gran novedad del teatro español.

Nada de eso llega a América. Es la hora en que se intenta la historia al estilo latino o renacentista que hace Mariana. Nada de eso viene a América. ¿Qué pasa en América? Todo lo contrario, América regresa a la crónica, en lugar de la historia a la romana, América regresa al romancero y a la poesía narrativa que pertenecían a la Edad Media Española y no eran contemporáneos. América regresa al auto-sacramental y no a la comedia y la novela no entra en América, entra la descripción. Entra la descripción corográfica y humana. Pero no entra la novela. Y es muy curioso porque el más grande novelista español, después de Cervantes, en el Siglo XVI, viene a América. Mateo Alemán, el autor de Guzmán de Alfarache, vivió en México los años finales de su vida y escribió una gramática. ¿Por qué se calla Mateo Alemán, que era el más grande novelista español, después de Cervantes, en su tiempo? ¿Por qué no hay una novela americana hasta el Siglo XIX? Porque se regresa a formas tan olvidadas en el tiempo, tan anacrónicas, si ustedes quieren, que más que anacrónicas es que pertenecen a otro tiempo; como las crónicas que estaban muertas en España desde la Edad Media; como la poesía narrativa.

Luego existen en esta noción del tiempo otros aspectos que son importantes. Yo pienso que habría que hacerle algún análisis a estas cosas. Una de ellas es, desde luego, cómo la América Latina cuando queda abandonada a su suerte, por primera vez, es decir, en la Independencia y cuando intenta adoptar instituciones venidas de fuera, una república a la francesa o a la americana, un parlamentarismo a la inglesa, un Derecho Civil Europeo, en el momento que intenta eso y que eso fracasa, la América Latina regresa a formas políticas que no tenían que ver con la contemporaneidad europea y occidental. Produce la única creación política original que ha dado la América Latina que es el caudillismo rural. Salen los caudillos, no estoy hablando de los dictadores, sino de los caudillos; los caudillos del tipo de Rosas, del tipo de Páez, del tipo del más reciente que hemos tenido aquí en Venezuela, Juan Vicente Gómez, que eran hombres representativos de un medio que correspondía a una noción de la autoridad, profundamente anclados en esa tradición mágica y en esa tradición histórica.

De modo que cuando fracasa el modelo importado, el mundo americano da torpemente, pero de una manera genuina, sin duda alguna, una respuesta, y la da en el caudillo. Al caudillo hispanoamericano habría que estudiarlo como manifestación y revelación del ser hispanoamericano; ¿cómo se manifiesta políticamente en ese fenómeno y qué es un regreso? Porque ese fenómeno no lo encontramos en España, ni en Europa, sino posiblemente ya hacia el Siglo XII o hacia el Siglo XIII, cuando empieza a desintegrarse el feudalismo, cuando aparecen las formas finales de la behetría medioeval, y eso es lo que resucita en América.

Existen otros casos muy curiosos, que yo creo que vale la pena pensar, de ese anacronismo o anticronismo. No sabría yo como llamarlo. Por ejemplo: ¿Por qué no pasa a América la segunda persona del plural? La segunda persona del plural entra al castellano, más o menos en el Siglo XVIII. Es una de las herencias borbónicas y del afrancesamiento español. Pero no llega a América. En América se queda el tratamiento en la tercera persona del plural. No hay un hispanoamericano, a menos que sea un gramático trasnochado o algún purista sin sentido, que diga vosotros. Cuando lo dice, lo dice de una espantosa manera falsa. No es un mero juego el tratamiento que le damos al otro. Establece una distancia y establece un tipo de relación. No es lo mismo decirle a alguien vosotros que decirle ustedes. No es el empleo caprichoso de una palabra por otra. Es todo un juego de relaciones que está implícito en esto. El "ustedes" es más antiguo que el "vosotros", desde luego. El Vuestras Mercedes, que corrompido dio el ustedes. ¿Por qué nosotros nos quedamos con Vuestras Mercedes y seguimos con ella sin entrar al vosotros, en toda Hispanoamérica, desde México y hasta la Argentina?

Y cuando llega un gran momento histórico del mundo hispanoamericano, como fue la revolución mexicana, un momento en el cual dio la impresión que se daba un vuelco y que afloraban hechos nuevos y que se estaba buscando las raíces y que se quería hallar una indudable veta de la autenticidad hispanoamericana. Cuando se trata de narrar plásticamente ese hecho, viene un pintor mexicano, que había estado en París con los cubistas, que estaba al tanto de todas las novedades pictóricas, que es Diego Rivera. ¿Y qué hace Diego Rivera? Se pone a hacer lo que habían hecho los europeos en el Siglo XIII, es decir, resucita el muralismo que era un arte muerto en Europa. Y no lo resucita por un mero capricho arqueológico, sino porque era el lenguaje que correspondía a esa situación, porque esa situación de México en esa hora pertenecía mucho más al Siglo XIII que al Siglo XX Europeo.

De modo que todo esto configura lo que yo llamaría también un tiempo hispanoamericano. Hay un espacio y un tiempo y hay un

escenario humano distinto. Si todo esto no significa diferencia yo no sé lo que significa. Todo esto determina lo que a mi manera de ver es el rasgo esencial, que yo me permito llamar con una palabra desacreditada poco grata, sobre la cual han caído prejuicios de toda índole que es la palabra mestizaje.

No me refiero al mestizaje sanguíneo o biológico. Desde luego lo hubo y lo hubo en gran escala y creo que tuvo resultados muy dignos de tomar en consideración y que han tenido una gran influencia en el mundo hispanoamericano. Pero el mestizaje más poderoso no es solamente el de la sangre. El principal mestizaje es el cultural, el que determinó todo este extrañamiento del europeo en América, el que determinó el diálogo entre las tres razas y el que determinó esa situación peculiar en la que se mezclaron cosas de uno y de otro. Ese mestizaje dio resultados inmediatos increíbles. En los casos en que había mezcla sanguínea, en los casos en que no la había. Porque es bueno pensar que aun los que tengan la piel más blanca, si son hispanoamericanos, son culturalmente tan mestizos como el Inca Garcilaso.

El problema es éste. Acabo de nombrar al Inca Garcilaso de la Vega. El Inca Garcilaso, no les voy a decir a ustedes quién es. Lo saben mejor que yo. Fue uno de los más grandes escritores de la lengua castellana en la época de Cervantes, que no era una época fácil. Escribió libros monumentales como Los Comentarios Reales. ¿Y quién era este hombre? Era el hijo de un capitán español y de una ñusta indígena. Y este hombre recibió en su educación de una manera ejemplar, las dos vertientes, en la gran casa del Cuzco en que vivía. En un ala estaba su madre con los parientes que habían pertenecido a la corte del último emperador Inca, Atahualpa; y en la otra estaba el Capitán Garcilaso, con sus frailes y sus soldados hablando español. De modo que en un lado estaba el mundo incaico, el quechua, con sus tradiciones vivas, y en el otro estaba el mundo castellano. Y el niño atravesaba el patio y pasaba de un mundo al otro. Pero los dos *mundos* estaban en él. Y cuando Garcilaso, luego, empieza a escribir, hace ese libro monumental que son Los Comentarios Reales. Ese libro es una obra de creación literaria de primer orden. Pero es una obra única. Ese libro no lo podía escribir un indio, ni lo podía escribir un español. No lo podía escribir sino un mestizo americano, un hombre de ese tipo.

Ahora, piensen ustedes en la originalidad hispanoamericana y contesten esta pregunta: ¿Dónde está el Inca Garcilaso de la América del Norte? ¿Dónde está el Inca Garcilaso de África y dónde está el Inca Garcilaso de la colonización asiática? No existen, porque no hubo ese encuentro profundo, porque no hubo esa nueva creación

de una situación cultural que hubo en el territorio de la América Latina.

En los otros continentes, en África, el colonizador se superpuso y no penetró. En Asia fue peor aún, porque la resistencia de las viejas culturas fue mucho mayor, de modo que lo occidental fue superficial, lo occidental fue en cierto modo episódico. Pero no fue la creación de un hecho nuevo cultural en su totalidad como lo fue en el mundo latinoamericano.

Eso se manifiesta en mil cosas: en la creación del barroco de Indias, que él sólo merecería un estudio muy a fondo, en el cual se combinan los elementos indígenas y los elementos españoles. Esos grandes monumentos barrocos que llenan los Andes y las Mesetas Mexicanas, donde hay algunas de las obras arquitectónicas más extraordinarias del mundo, no hubieran podido darse en Europa, ni tienen nada que ver directamente como consecuencia de la arquitectura indígena. Es la creación de un mestizaje que se da igualmente en la literatura, que se da igualmente en la plástica y que es la revelación de la presencia de esos actores que entran en contacto y en conjunción.

Si vemos la historia de la literatura hispanoamericana, voy a pasar muy por sobre esto, tocándolo. Vean ustedes que cuando la literatura hispanoamericana da una nota original en escala mundial, la da sobre la cuerda del mestizaje. ¿Qué es el modernismo? ¿Qué es Rubén Darío? Rubén Darío es uno de los más extraordinarios casos de mestizaje cultural que el mundo haya conocido. En Rubén Darío se mezcla todo lo más viejo de España. La tradición indígena, los ecos del negro, la situación del hombre de la América Central, las influencias que él creía tener de Europa. El podía creer buenamente que era un poeta simbolista francés. No era verdad. Y eso da la nota original del modernismo, que no se parece a lo que se hacía en España y no tiene nada que ver con eso, ni es simbolismo francés, ni es por lo tanto indígena, ni mucho menos negro, pero que es la expresión genial de un hombre que estaba en una situación latinoamericana profunda.

Cuando las letras hispanoamericanas dan una primera nota de valor universal, lo dan sobre esa nota y si nosotros fuéramos, aquí hay quienes lo puedan hacer mucho mejor que yo, a analizar esto que llaman el "boom" literario, que son estas novelas que han tenido tanto éxito en el mundo. ¿Qué es Asturias? ¿Qué es Carpentier? ¿Qué es el mismo Borges? ¿Qué es García Márquez? Son los productos de un delirante mestizaje cultural, que no se podía dar sino en un hispanoamericano. Y por eso son grandes escritores, y por eso el mundo entero los mira con curiosidad, porque no se parecen ni a los franceses, ni a los ingleses, ni a lo que están haciendo los escritores de los otros medios culturales.

Cuando yo decía, al comienzo, que el Nuevo Mundo no era solamente el hecho de encontrar el continente americano, sino que el Nuevo Mundo era también, en buena parte, la creación de una nueva situación mundial y el comienzo de una nueva época del mundo entero, no he hecho sino apuntar algo que es cierto y que hoy en día se ha investigado a fondo. El descubrimiento de América, yo diría una palabra que es mejor todavía, la presencia americana cambió el panorama del hombre en Occidente. Totalmente lo alteró de raíz y podríamos decir, sin ninguna exageración, que cambió la historia del mundo. Sin el descubrimiento de América la historia del mundo hubiera sido distinta. No solamente en el sentido de la expansión geográfica; en el sentido de los valores de los conceptos y de la filosofía.

Se dice que la América contribuyó a la creación del capitalismo como en efecto contribuyó, con el aflujo de los metales preciosos que es un capítulo conocido y estudiado. Cómo esto influyó en los índices de precios. Cómo esto determinó el crecimiento de toda la maquinaria financiera que se había ido formando al final de la Edad Media y cómo estableció la fase de donde el capitalismo moderno arrancó.

Pero es que nosotros no podríamos concebir la Europa Moderna, sin la papa. Mucho más importante que los metales fue la papa. La papa fue la que permitió la revolución industrial. La papa fue la que permitió las guerras napoleónicas. La población europea, la fuerza de trabajo de la que hablaba Marx y la fuerza de sangre de que hablaba Napoleón, las dio la papa, porque se acabaron las hambrunas europeas y la población pudo crecer. De modo que el don de la papa americana transformó la situación básica sobre la cual la historia europea se desarrolló a partir del Siglo XVIII.

Pero hay un hecho más que es importante ver: Nuestros ideólogos del Siglo XIX, los fundadores de estas repúblicas fueron ávidamente a aprender las novedades políticas y las doctrinas nuevas en los pensadores de la enciclopedia francesa, en Montesquieu, en Rousseau, en Voltaire. Allí encontraban ellos las grandes novedades con las cuales querían crear las nuevas instituciones hispanoamericanas. Ahora, lo que no sabían ellos, es algo que sabemos hoy en día muy claro. Es que esa era una pelota que había salido de América, cayó en Europa y de Europa rebotó y regresó a América.

Con la papa y los metales preciosos América exportó a Europa la semilla de la revolución. El pensamiento revolucionario europeo, no digo yo que no habría existido, pero habría existido quizás de otra manera, radicalmente distinta, muy tardíamente, sin el descubrimiento de América. El hecho fundamental del pensamiento revolucionario de Europa está en la Carta de Colón a los Reyes Católicos.

La famosa Carta que Colón tiró en una copia al mar porque creía que naufragaba y no regresaba, fue el documento que cambió la conciencia europea de raíz.

Colón describe allí que ha llegado a una tierra donde hay unos hombres que no son como los europeos, que viven pacíficamente, que no tienen armas, que no tienen propiedad privada, que se aman entre sí y que son felices. Es la primera vez que aparece la idea de felicidad asociada a la sociedad humana. ¿No pensaban los europeos que el fin del hombre en la tierra era la felicidad? La iglesia les había enseñado, desde muchos siglos, que esto era el valle de lágrimas. Por lo tanto aquí no había que esperar felicidad ninguna. La felicidad estaba en el otro mundo. Pero esa visión de que había felicidad aquí, esa visión la da la Carta de Colón y esa Carta de Colón no cae en oídos sordos. Esa Carta de Colón la recoge Tomás Moro y fabrica la Utopía.

La Utopía es el libro más revolucionario que se ha producido en Europa, y luego la recoge Montaigne y entonces de allí surge la conclusión lógica. ¿Qué ha pasado? ¿Qué explica que en una parte del mundo haya guerra, haya injusticia, haya miseria, haya una sociedad injusta y en otras partes del mundo haya una sociedad feliz, donde los hombres ignoran la guerra, donde los hombres ignoran la riqueza, donde no hay miseria, donde todos son iguales, donde todos viven en paz? Es decir, nace el mito del buen salvaje. El mito del buen salvaje es un mito americano. Y de ese mito nace todo el pensamiento revolucionario europeo, porque de inmediato, de esa actitud crítica que parte de la Utopía de Moro y del pensamiento de Montaigne van a retomar los pensadores racionalistas del Siglo XVIII la idea de la injusticia de la sociedad europea, del estado natural del hombre que es un estado de bondad y en nombre de eso van a programar la revolución y nosotros más tardíamente vamos a ir a Europa a recoger esa fruta que partió de una semilla americana y a traerla como novedad, venida después.

De modo que no solamente influimos en hechos de importancia material tan grande como lo que significó poder crecer la población europea y el nacimiento del capitalismo que en buena parte se debió a los metales americanos sino todo el pensamiento que transformó el mundo y sacudió al mundo y lo sigue sacudiendo, tiene *su raíz* en el hecho americano, en la novedad americana, en la impresión de lo que había sido América para aquellos hombres que la vieron por primera vez.

El eco del hecho americano, lo mira uno en las cosas más desprevenidas y permeó y penetró todo el pensamiento europeo y lo modificó. Yo debo confesarles a ustedes que nunca, sin cierta emoción, oigo, leo o releo, parte de la Tempestad de Shakespeare y tropiezo con Calibán.

Calibán es americano, diría más, me atrevería a decir que es casi venezolano, brasilero, porque Calibán no es sino el eco corrompido de Caníbal. Caníbal es una corrupción de Caribe. De modo que el nombre que les daban los europeos a los Indios Caribes cuando llegó Colón y encontró los Taínos que vivían bajo el terror de los Caribes y hablaban de esa gente que venía del sur y les cortaban la cabeza, era el de Carina. En Caribe el nombre de ellos es Carina y los españoles de ahí hicieron caribe. Los italianos Cambalí. Mil nombres más y un día un inglés que escribía comedias resolvió tomarlo y transformarlo en Calibán.

Hasta allí llega el hecho. Un impacto profundo que sacudió y modificó toda la situación del hombre europeo. Esta situación que caracteriza al hombre latinoamericano, esa situación de originalidad, de duda sobre su personalidad, porque no es asimilable exactamente a ninguna de las otras de las que viene, ha tenido sus consecuencias, en su expresión y en su actitud. Por ejemplo: en la literatura hispanoamericana, que es un buen testimonio de todo esto, nosotros podemos encontrar un rasgo que es importante y es que esa literatura, en un grado no comparable con ninguna otra, es una literatura de servicio, que está hecha para trabajar por algo más, que no es puramente la expresión literaria.

Es una literatura que desde que arranca tiene un propósito o satírico o reformista o revolucionario. Es una literatura con un programa social y con un programa político, desde la Amalia de Mármol hasta las novelas de nuestros días. En toda ella hay esa voluntad de servir, no solamente de intérprete de ese mundo obscuro, que muy claramente no se entiende, para ayudarlo a entenderse y a salir. José Gaos decía, con mucho acierto, hablando del pensamiento latinoamericano, una verdad que también Unamuno había dicho hablando de Martí. Unamuno decía de Martí que más que pensador era sentidor y en realidad tenía razón. Tenía su pensamiento unas raíces que venían mucho más del sentir que del análisis racional. Y Gaos decía que la literatura hispanoamericana era una literatura de educadores de sus pueblos.

Constituye un rasgo muy peculiar esa especie de misión que se cargó el intelectual latinoamericano, de explicar el ser latinoamericano para los latinoamericanos y de encaminarlo hacia lo que él creía que era la salvación y la salida. Esto caracteriza y es una consecuencia de esa angustia ontológica y de esa posición.

Todo esto configura para la América Latina una situación única en el mundo actual. En este momento se habla de una civilización global y realmente estamos más que nunca en los pródromos, en los comienzos de una civilización global. El mundo entero está globalizado por las comunicaciones. Está globalizado por los usos, está glo-

balizado por las influencias. Pero desde luego, las situaciones de sus componentes son distintas. Nosotros pertenecemos a la civilización occidental. Nadie lo duda. Pero pertenecemos de una manera peculiar. Somos un avatar de esa civilización.

Es una situación muy distinta a cómo recibe la civilización occidental un japonés, porque la civilización occidental no es la civilización de los japoneses, o a cómo la recibe un africano, o a cómo la recibe un chino, o un hindú. Ellos reciben la civilización occidental como un instrumento, como algo que añadir a lo que ellos son. Como algo que poner de acuerdo con lo que ellos son. Nosotros no. La civilización occidental es nuestro lecho. La civilización occidental es nuestro hecho. La civilización occidental es nuestro ser. Estamos hablando una lengua romance. Tenemos una herencia cultural dominantemente occidental en su parte de mayor influencia y a eso añadimos la presencia de los otros dos actores fundamentales de la creación del hombre latinoamericano.

Pero eso nos diferencia radicalmente, porque no somos nosotros gente que estamos recibiendo la civilización occidental para ajustarla a una civilización distinta o con un pasado cultural ajeno, sino que dentro de la configuración de la civilización occidental representamos una provincia, configuramos una familia con una nota, una calidad y una condición diferente a las demás familias que son las que constituyen la Europa Occidental, los Estados Unidos y el Canadá. Dentro de esos tres grupos nosotros somos ese Tercer Grupo distinto pero que pertenece a la civilización occidental.

Esa pertenencia, en este momento y en esa condición, nos da a nosotros una ventaja gigantesca, somos nosotros la única gente de la civilización occidental que está en el Tercer Mundo, y somos por lo tanto, muy posiblemente, el único puente válido que hay entre el mundo occidental y el Tercer Mundo porque somos gente de la civilización occidental, pertenecemos a ella raigalmente, pero somos gente del Tercer Mundo por todos los otros aspectos. Y estamos tan vinculados a Asia y a África o por lo menos, mucho más que ninguna otra porción del mundo occidental.

De modo que eso determina para nosotros una situación privilegiada, una situación que en cierto modo define casi un programa político y un programa cultural: el de representar dentro de la variedad de la familia occidental ese otro núcleo, esa otra posibilidad de apertura que no sería después de todo, sino una consecuencia fecunda y segura de ese rasgo fundamental de nuestro carácter que es la vocación de mestizaje. De manera que no haríamos otra cosa que seguir sirviendo a esa vocación de apertura y de mestizaje.

Esto es lo que yo quería señalar muy de pasada y superficialmente. Tal vez no somos el Nuevo Mundo, no lo hemos llegado a ser, pero

hemos contribuido a la creación de una nueva época del mundo y en este momento estamos en una condición privilegiada para estar entre los constructores fundamentales de ese Nuevo Mundo que va a llegar finalmente y en cuya hechura nosotros tenemos un papel irreemplazable que desempeñar.